

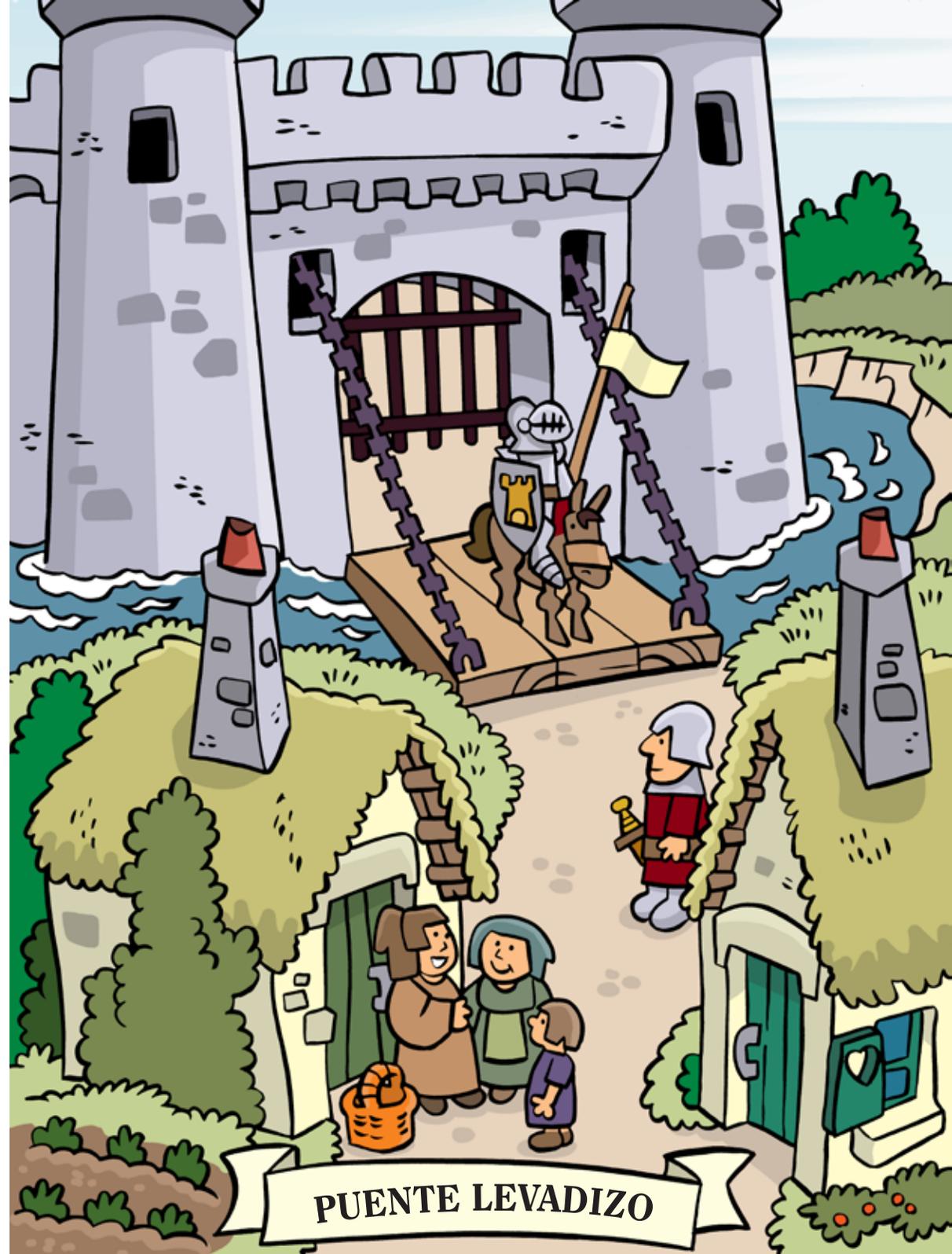
LIONEL ESLABÓN

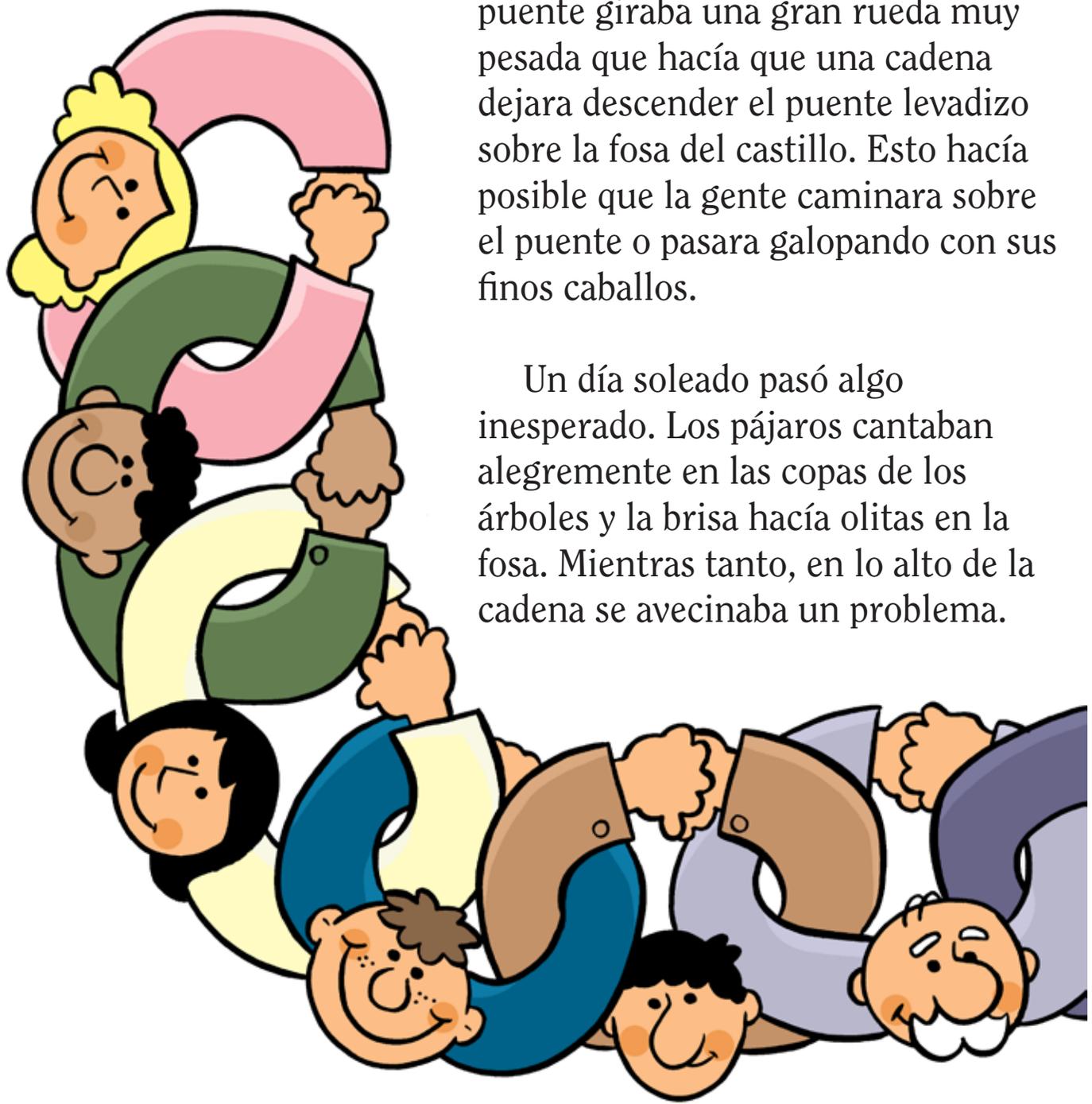
Las cadenas se conforman de pequeños eslabones. Cada eslabón coloca sus brazos alrededor del siguiente y así todos se abrazan. Si están bien abrazados, la cadena es fuerte.

Había una familia de eslabones que se querían mucho. Se abrazaban con fuerza, para que la cadena fuera resistente.

En dicha cadena había un eslabón llamado Lionel. El era más delgado que algunos de los demás eslabones pero se esforzaba para abrazarse con fuerza de los otros. La familia de Lionel sostenía un puente levadizo.

Los puentes levadizos eran puentes muy grandes que estaban en las entradas de los castillos. Cuando alguien quería entrar o salir del castillo, la persona a cargo del





puente giraba una gran rueda muy pesada que hacía que una cadena dejara descender el puente levadizo sobre la fosa del castillo. Esto hacía posible que la gente caminara sobre el puente o pasara galopando con sus finos caballos.

Un día soleado pasó algo inesperado. Los pájaros cantaban alegremente en las copas de los árboles y la brisa hacía olitas en la fosa. Mientras tanto, en lo alto de la cadena se acercaba un problema.

Era Lionel. Estaba abrazando a los otros eslabones y comenzó a quejarse en voz baja:

—Mírenme —se dijo en voz baja—, soy insignificante. Seguro que nadie nota lo que hago cada día.

Observó a todos los otros eslabones de su familia y le pareció que todos se sentían felices de ser útiles cuando hacía falta bajar el puente. Pero Lionel no se sentía así, estaba de mal humor.

—Lo que hago no debe ser importante. De hecho, si no hiciera lo que hago, nadie se daría cuenta.

Miró a su alrededor:

—Miren todos esos eslabones. ¿Cuántos son? Uno, dos, tres, cuatro, cinco... diez... veinte... treinta... cuarenta... cincuenta eslabones. Hay tantos otros eslabones que no creo que se den cuenta si no estoy.

CLANC. CLANC.

—¡Desciende el puente! —se escuchó un grito.

Era la voz del encargado del puente levadizo. Estaba girando la rueda con fuerza enroscando la cadena para que descendiera el puente.

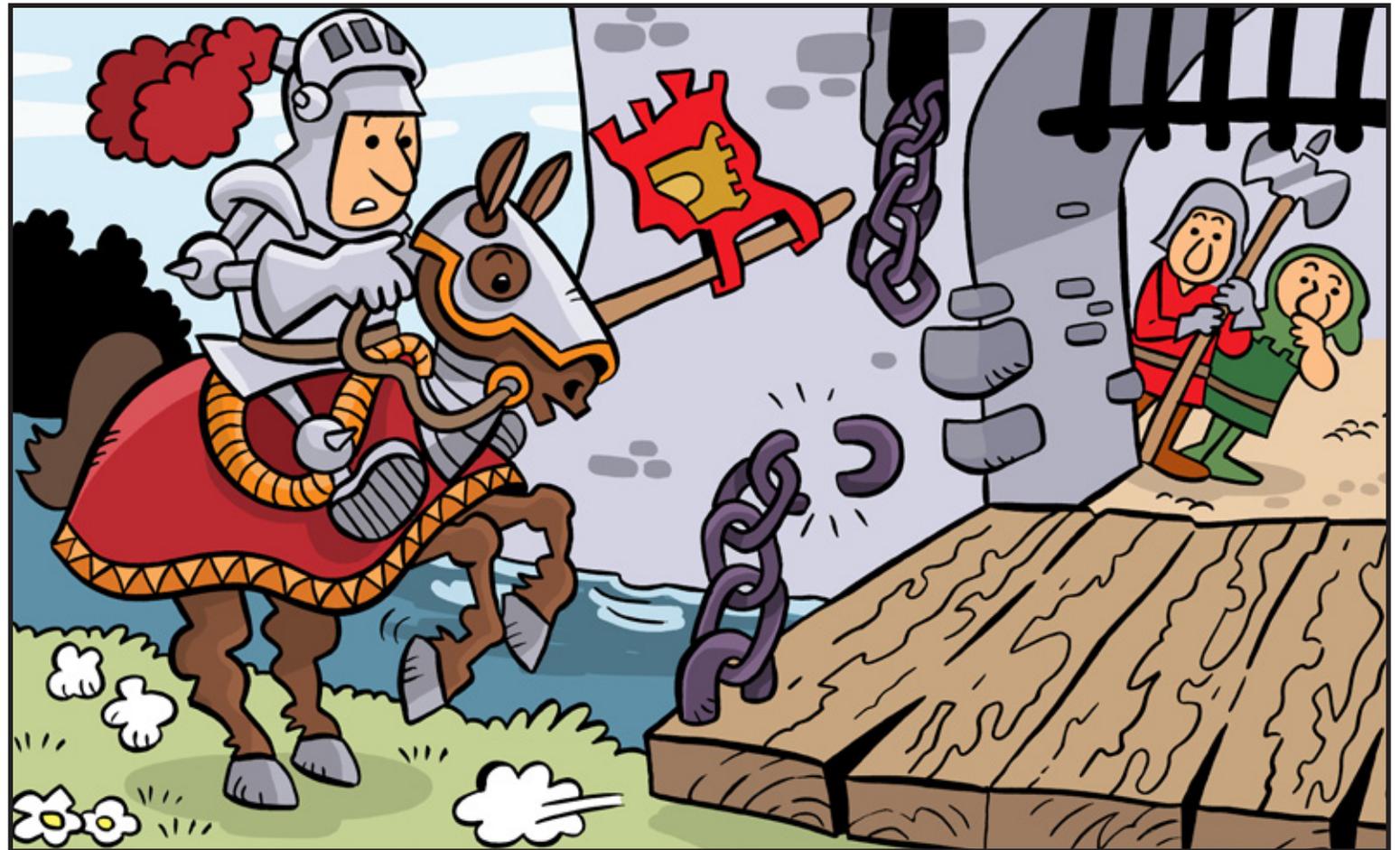
—Esta es mi oportunidad —pensó Lionel—. Cuando descienda el puente, me voy a soltar y saltar a la rampa. Los otros eslabones se pueden encargar de todo, no me necesitan.

Así fue que Lionel esperó. Debía soltarse en el momento preciso.

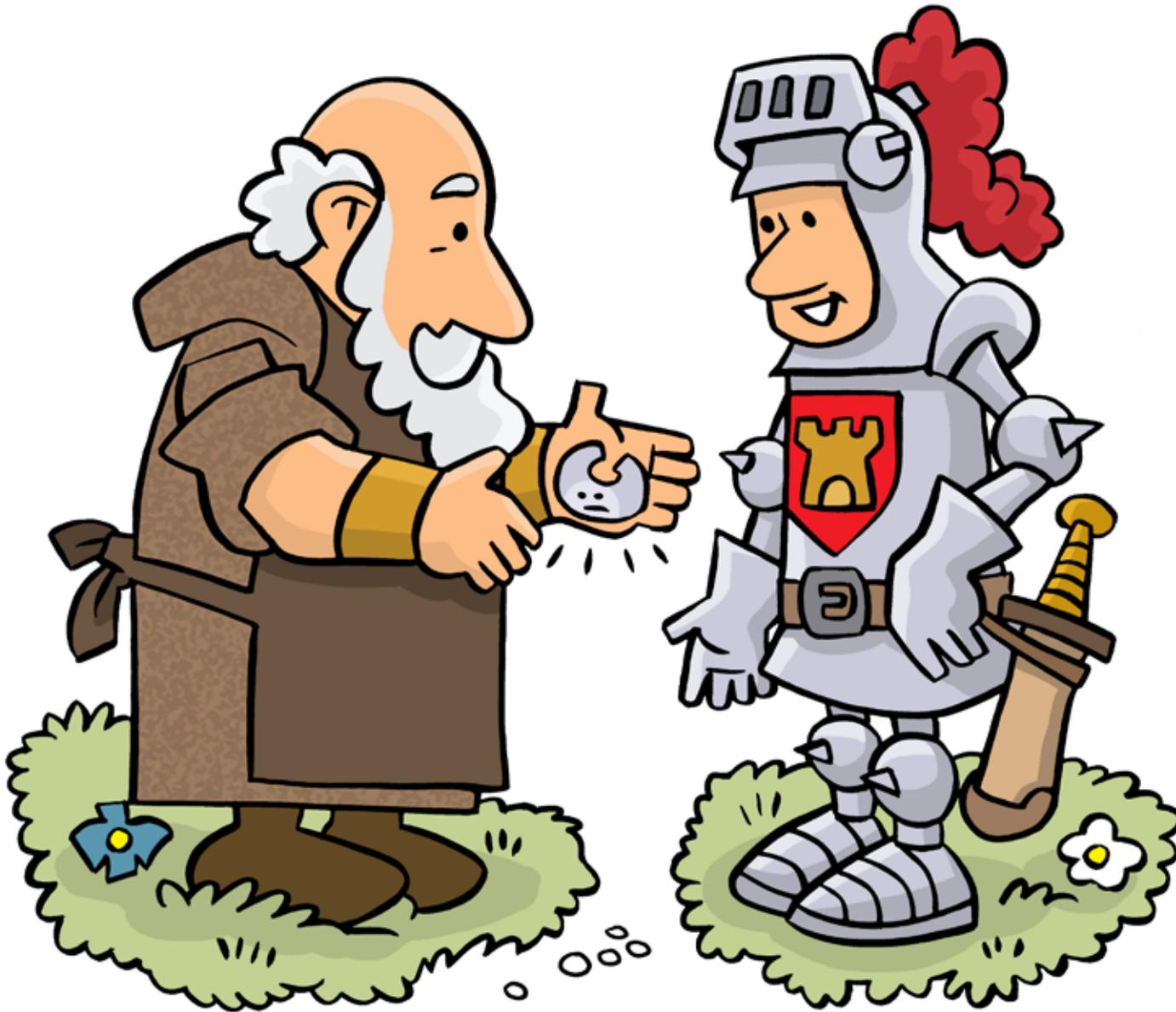
El gran puente siguió descendiendo.

Comenzó a descender más y más rápido hasta que llegó el momento preciso para Lionel. Mientras el resto de su familia de eslabones se mantuvo aferrada firmemente para fortalecer la cadena, Lionel se soltó.

Cuando lo hizo, el puente se empezó a desplomar. La familia de Lionel se desbarató y la cadena se rompió.



Lionel yacía en el suelo donde se cayó y miró la cadena rota y el puente que ahora estaba colgando peligrosamente sobre el agua. Preocupado se dijo:



—¿Será que yo sí era importante para la cadena?

El jinete quedó anonadado al ver lo que ocurrió:

—Dios mío —dijo—, ¿qué habrá pasado?

Se bajó del caballo rápidamente y corrió en dirección al puente. Se fijó cómo estaba la cadena, verificó los eslabones hasta encontrar dónde se había roto. Luego vio a Lionel en el piso. Se agachó y lo recogió.

—Qué cosa —se dijo—. Qué daño causaste para ser un eslabón tan chiquito. No te habrás dado cuenta de cuánto te necesitaban los demás.



Lionel reconoció que el hombre tenía razón. Se sintió mal. Se dijo:

—Si alguna vez me reparan voy a apreciar mi lugar.

Se acercó un trabajador. Tenía una gran caja de herramientas y se puso a reparar la cadena. Martilló, meneó y ajustó y al rato Lionel estaba nuevamente en su lugar. La cadena quedó reparada.

—Allí va el puente —gritó el encargado.

Ahora Lionel sabía bien dónde debía estar. Debía aferrarse con firmeza y no soltarse.